

CHOCOLATE CITY

“Chocolate City. I like chocolate!” Mi ciudad. Mi paraíso. Marrón y dulce. Muy dulce. Andamos por ella y ella nos acoge. Su aroma nos protege del exterior. Su textura nos envuelve y nos impulsa a llegar a las nubes. Son de algodón. ¡Mmm...! Tiene un ligero toque a menta. Menta, creo. Sí. Es menta. Los reflejos verdes esmeralda nos rodean, no se como no me di cuenta antes. “Dance, little girl. Dance” Y yo bailo entre las nubes, como me pide mi madre. Abro los brazos y giro sobre mí. Rápido. Cada vez más rápido. Y no me mareo. Únicamente danzo, corro, salto. Y soy feliz. Quiero parar el tiempo. Quiero estar siempre aquí. Sintiendo lo que siento. Viviendo lo que vivo. Pero sé que las normas de mi mundo no me lo permiten. El tiempo sigue y sigue.

De pronto llega un hombrecillo que viste a rallas rojas y blancas. Llega y dispara a mis nubes. El algodón se derrite y comienza a llorar. Ahora hay huecos estrellados en ellas; y las estrellas que caen, blancas como la nieve, tornan azul el suelo que tocan. Vuelvo la vista al frente y todo se difumina. La mano de mi madre me suelta lentamente. Desaparece. Ahora es todo negro y yo caigo al vacío sin nada que me ayude. Trato de gritar pero se ahogan mis palabras. Al igual que comienzo yo a ahogarme.

Abro los ojos que tan fuertemente cerraba y algo marrón me rodea. ¡Marrón! Me concentro y trato de tranquilizarme. Saco la lengua lentamente y lo pruebo. Si es marrón sólo puede ser chocolate. ¡Agh! Cundo en pánico. No es chocolate. ¿Dónde estoy? Esto es barro. Me rodea. Me atrapa y no puedo zafarme. ¡Pum! ¿¿Qué es eso!? El cielo se ilumina y suenan cañonazos. ¿¿Cañonazos aquí, en mi ciudad!? No creo que esto esté pasando. Trato de centrarme, de parar. Pero mi cuerpo no responde.

Miro a lo lejos y observo cómo sombras difuminadas corren entre la penumbra. Ya sólo se ven grises. Oscuros o claros, pero sólo grises. Las nubes han desaparecido y tan sólo hay insectos gigantes en el cielo, disparando estrellas blancas contra nosotros. El hombrecillo de rallas brinca de un lado a otro, tiñendo las siluetas de color rojo y deteniéndolas en su locura. Vuelvo en mí y me doy cuenta de que alguien me ha cogido. Alguien me sostiene en sus brazos y me esconde bajo unos ramales cerca del barro.

Trato de moverme pero me sujetan con fuerza, no logro zafarme. Tampoco lo intento demasiado. Creo que el hombre a rallas intenta teñirme con su varita. No sé si será bueno o malo. Pero yo vivía bien en mi ciudad. No me gustan los grises. Sólo quiero el marrón. ¡Quiero mi chocolate! A mi madre creo que no le gusta mucho. Le trae malos recuerdos, dice. El chocolate no es de nuestra tierra, dice. Pero yo lo recuerdo de siempre, creo que ella debe que estar equivocada. ¿Dónde está? ¿Mamá? No responde. Espero que siga bailando entre las nubes y no haya caído a este lugar que empieza a teñirse de azul y rojo.

El gris se esclarece y ya nos abandona. Ya no hay marrón. No hay verde. Sólo azul, rojo y blanco. El hombrecillo de rallas lleva un rato buscándome. Dispara estrellas blancas a lo lejos. Y ya me alcanza. Cierro los ojos y me abandono a mi sino. Pierdo la noción del tiempo y del espacio. Los movimientos se hacen continuos y cada vez son más bruscos. Los sonidos se sienten más cercanos. Las luces me ciegan. Todo acelera. Ya son continuos los pitidos. Ahora todo es blanco. Pero de pronto oscurece. Ha cesado. Ha terminado todo.

Me desentumezco y trato de abrir los ojos. Poco a poco, como un recién nacido. Creo que he vuelto a nacer. Miro a mi alrededor y ahora sí. Cuerpos teñidos de rojo, intactos, inertes. Me rodean por completo. Me aterra levantarme aunque creo que nadie más está llorando a la vez que yo. Todos se quedaron felices en la ciudad de Chocolate. No pueden ver este infierno. No quiero que lo vean. Pero, ¿por qué tengo que ser yo el único que haya bajado de las nubes? Me pongo en pie y me dirijo a ninguna parte, a encontrar el olvido. Mi mamá decía que nunca debía estar sola. Que encontrase a alguien que me ayudara.

Ando y a lo lejos veo sombras. Gritan algo y se dirigen a mí. Yo me paralizco. Chillan. No hacen otra cosa. Son como yo, pero son tan raros. Sus ojos... son redondos. Gritan cosas extrañas y no paran de reír. Yo ya no río. Mi tripa me duele. Me gruñe por haberla desatendido. Se acercan a mí y me tienden algo redondo. Creo que es fruta. Lo cojo, agradecida, y lo muerdo. Sólo acierto a llorar. No puedo evitarlo, pero mis lágrimas resbalan sin ningún permiso. Una luz blanca me ciega de nuevo y comienzo a temblar. ¿Qué? ¿Comienzan los fogonazos otra vez? Me agazapo y ya no puedo moverme. Mucho después logran calmarme. “Tan sólo una cámara”, me explican, “¡es para que te vean en todo el mundo!”.

¿Para que me vean? Entonces véanme. Por favor, véanme. Mírenme. Ya nunca más seré aquella niña a la que recuerdan comiendo fruta. Ya no seré más aquella temerosa de los fogonazos. ¡Sólo una cámara! Tan sólo una cámara se llevó a toda mi familia; a todo mi chocolate. Ya no soy aquella niña que bailaba entre las nubes. No; nunca más. Nadie quiere recordarme, ni nadie me recuerda ya. Ya no soy más que un elemento del paisaje a quien todos quieren llevar en un papel por “todo el mundo”.

Pero recuérdense. Por favor, recuérdense. Recuérdense como ni siquiera yo soy capaz de hacerlo. Me robaron a mis padres, a mis amigos. Ese hombrecillo de rallas los hizo desaparecer. Y mis hermanos y hermanas fueron con ellos. Y tras ellos marchó mi nombre. Y ya nunca más lo volví a ver. Ya no sé quién soy. Miro atrás y recuerdo mis memorias. Pero sé que no son más. Ni tampoco son de aquella niña que bailaba allá en lo alto. Ni siquiera son de la niña que se mantiene intacta en la foto. Ni tampoco de quien tú ni siquiera recuerdas. Pero aquí sigo, sin mi chocolate, sin mi familia. Y ¿quién eres tú para decir que tienes hambre? Tú, que trajiste a mi casa la pobreza y la soledad. Que desequilibraste la balanza.

Tus estrellas no fueron más que balas que apuntaron a nuestra tranquilidad. Tu hombrecillo sólo las condujo. Pero tú les ayudaste. Y les ayudas. Les ayudas a convertirnos en monos de feria. En caras olvidadas que relucen en papeles americanos. Fotos famosas que hacen a sus espectadores sentirse afortunados de vivir en donde viven; que reafirman y consolidan el sistema actual. Fotos que hacen que me olvides aun sin conocerme. Que me rechaces sin haberme visto. Son fotos. ¡Sólo fotos! Pero qué mal pueden llegar a hacer. Y mientras tanto. Mientras estás leyendo esto. Ahora. Aquí. En todas partes.

Yo sigo muriendo y tú sonrías en tu salón agradeciéndole a tu dios el haberte regalado tu careta. Esa careta que te ayuda a sonreír descansando de un largo y agotador día. Que te ayuda a sonreír a todos y a esconder tus verdaderos anhelos. Que te ayuda a saciar tu sed de alegrías. Que te ayuda a redimir la culpa en aquellos, todos los días, en los que continúas matándome sin saber siquiera que estoy viva. Mientras, yo tan solo deseo abrazar a mi madre. Olvidar toda esta guerra que me apartó de ellos. Olvidar al hombrecillo de rallas rojas que disparaba estrellas. Olvidar. Olvidar. Y llegar a recordar mi ciudad de Chocolate. Mi paraíso. Mi Camboya.